

# LAS SOMBRAS QUE RESPIRAN

Nieves Álvarez

Hay obras que no se imponen, sino que se quedan. Para quienes amamos el teatro, este tipo de obras nos llegan muy adentro, nos interrogan, nos cambian. Y eso es muy difícil de conseguir

*Las sombras de Catalina Bárcena*, es una de ellas. No busca deslumbrar, sino posarse en algún lugar del espectador y permanecer ahí, como una pregunta que no termina de cerrarse.

El escenario, casi desnudo, parece haber sido despojado de todo lo innecesario. Apenas lo imprescindible: la luz, los cuerpos, la palabra. Y, sin embargo, en esa austeridad late una densidad poco frecuente. Como si el teatro, reducido a su mínima expresión, recuperara su forma más antigua: la de un espacio donde alguien viene a decir su verdad.

Pero ¿qué verdad?

La obra se adentra en una historia conocida —el triángulo entre Catalina Bárcena, Gregorio Martínez Sierra y María Lejárraga— para deshacerla con cuidado, como quien descose una prenda antigua para entender cómo fue hecha. Y en ese gesto aparece una incomodidad necesaria: la sospecha de que toda reparación puede dejar, inevitablemente, una nueva sombra.

No hay aquí voluntad de juicio. Hay algo más difícil: una mirada que acepta la complejidad. En un tiempo que necesita ordenar el pasado en categorías limpias, esta propuesta escénica se instala en la penumbra, en ese territorio donde las vidas no encajan del todo en los relatos que construimos sobre ellas.

El dispositivo es sencillo y, precisamente por eso, eficaz. Un camerino que es también un lugar mental. Un tiempo que se pliega sobre sí mismo. Y en ese espacio, las presencias: no como fantasmas, sino como ecos. Voces que regresan para sostener, para incomodar, para recordar. La luz no ilumina: hiere. La palabra no explica: abre grietas.

Hay en la dirección una especie de contención consciente, una negativa a subrayar. Todo está medido, pero no frío. Al contrario: la emoción aparece sin ser convocada, como aparece lo verdadero. Y ahí, en ese equilibrio, el trabajo actoral se vuelve decisivo.

La Catalina que emerge no es un icono, sino un cuerpo cansado. Una mujer que lo tuvo todo —o eso dicen— y que, sin embargo, no logró habitarlo. Hay en ella una forma de feminismo que no se nombra, pero se ejerce: vivir como se puede, como se quiere, aun sabiendo el precio. Frente a ella, María Lejárraga no es una sombra antagonista, sino otra forma de luz: intelectual, firme, igualmente atravesada por sus propias renunciadas.

No hay vencedoras aquí. Ni víctimas puras. Solo vidas que eligieron.

Y quizá ahí reside la mayor virtud de la obra: en recordarnos que la memoria no es un lugar inocente. Que también selecciona, ordena, simplifica. Que incluso cuando intenta reparar, puede hacerlo a costa de borrar. Y que tal vez la justicia —la verdadera— no consista en cambiar un foco por otro, sino en aprender a mirar sin necesidad de apagar a nadie.

***Las sombras de Catalina Bárcena***, no cierra una historia. La abre.

La deja respirando.

Y uno sale del teatro con la sensación de haber asistido no a una representación, sino a algo más íntimo: un diálogo con las zonas de sombra que también nos habitan.

Y tal vez por eso esta obra merece ser apoyada: porque está hecha desde la verdad. Ha nacido desde el trabajo silencioso de quienes saben que el teatro no se impone, se sostiene.

Gracias al director por una puesta en escena limpia y honesta. Y a la autora, a las actrices, al actor, y a todo el equipo por recordarnos que el teatro —cuando es de verdad— no necesita nada más.

Nieves Álvarez. Escritora, investigadora, poeta y artista plástica